

Tampoco Rodolfo nos entusiasma con la flámula. Arrea dos pinchazos echándose fuera que matan al de Salamanca. (División de opiniones.)

TERCERO

«Saeto»; grandes púas y muchos pies, El Gordo deja enhebrada una pica. Entra cinco veces más, derribando en cuatro y mata un alazán.

Lo mejor en este toro es un par de Camará rozándole el morlaco con los pitones.

El de Córdoba encuentra á su contrario, que achucha por ambos lados, reservón y de gran cuidado. Aliña á galope y lo mata por procedimiento Galito. (Hay de todo.)

CUARTO

«Corredor», reseñado con el número 10. El indio da unas verónicas moviditas, terminando con una larga afarolada. En una caída al descubierto hace un quite magnífico, y otro igual Machaco. ¡Gracias á Dios, que ya hemos visto algo!

Gaona pone de frente un par superiorísimo, repite con otro bueno y cierra el tercio Veguita.

El de Méjico tantea con un ayudado por bajo, rematando bien en todos los tiempos. Se descompone y empiezan los mantazos á porrillo, los *espantos* y el broncezo por parte del público.

Deja cinco pinchazos pescueceros.

El respetable las acoge con palmas guasonas. Buen número del cóncave pide que se vaya. Y viene el primer aviso. Más pinchazos entrando á la media vuelta, dos descabellos, otro aviso y por fin en el tercer intento á pulso logra matar á «Corredor.»

¡Pobrecillo! Llevará la piel como una criba.

QUINTO

«Bordador.» Cinco varas por cinco batacezos. Cantimplas y Recalcoo banderillean bien.

Rafael emplea, después de brindar á unos amigos, una faena buenísima, y entrando derecho deja una en lo alto que mata sin puntilla. Ovación delirante, vuelta al ruedo, oreja y regalo.

SEXTO

«Verdugo.» A cambio de cuatro alfilerazos proporciona dos tumbos y mata dos penecos.

Los maestros se adornan en quites.

Negrón y Veguita parecen regularmente.

El de la tierra de D. Porfirio despliega la manta en la misma cara del bruto y da un magnífico pase por alto, sigue con uno natural, tres en redondo, dos de molinete y... el delirio.

Al matar no estuvo tan afortunado.

DOS NOVILLADAS

La del 11

Más que una novillada fué indecente capea que no merece reseñarse. Los novillos buenos unos y regulares otros. De los maestros Mestizo, que toreó mucho y bien. Los demás: Barquerito, Torerito y Esparteret, no pasaron de lo vulgar. El empresario un *tio vivo*.

La del 12

Cuatro novillos de Flores, para Dominguín y Gordet

Con una entrada para ganar, pero que no llegaba ni con mucho á las de días anteriores, se ha celebrado esta novillada.

Los toros tan grandes como los de feria, pero mansos perdidos.

Dominguín á su primero «Saltador», berrendo en colorao, bien puesto, lo torea por verónicas y navarras. Gordet se lleva al toro hacia los piqueros; éstos

mojan dos veces, reciben dos caídas y pierden una aléluya. El toro es fogueado con dos pares y medio. El madrileño hace una faena laboriosa, destacándose unos pases por alto y otros de pecho. Arrea pa delante y deja media atravesada una caída y mata al segundo intento. El toro era un *regalito* que achuchaba por el derecho.

En su segundo «Corbatino» berrendo en cárdeno, toreó de cerca por verónicas y faroles, siendo ovacionado. Cae al ruedo un *banquero* que da tres pases sueltos pero con gran serenidad y guapeza. Admite cuatro caricias por un tumbo y un jamelgo. Los de tanda salen del paso con cinco palitroques.

Dominguín brinda en general á toda la plaza y empieza con un ayudado por bajo en redondo, uno por alto saliendo tropicado y sigue con mantazos sin importancia. Se perfila y da un pinchazo hondo muy bueno; entra de nuevo por uvas dejando media lagartijera que completa con un descabello. (Ovación y vuelta al ruedo.) El de Madrid viste de negro y oro.

Razón tenía Algarra,
mi repostero,
cuando también hablaba
de este torero.

Maneja la muleta
con gran soltura,
y en los cuernos se mete
con más frescura
que esos *gachós* que cobran
seis mil del ala
y que por hacer mucho
no hacen nada.

Arriba Dominguillo
que en este mundo
tras las penalidades
se encuentra el triunfo.

Gordet. Su primero «Relojero», castaño y cornalón, aceptó tres puyazos por un derribo. El valenciano oportuno en quites. Segundo tercio sin grandes cosas que apuntar. Gordet torea desconfiado con la punta de la sábana. Entra dos veces sin clavar y muy feamente. Deja un un pinchazo malo terminando con una en la paletilla. (Orquesta de pitos.)

Al cuarto «Rabicano» colorao, cornivuelto, lo toreó á capote plegado.

Cuatro veces se acercó á los longizos ocasionando dos costaladas y dejando fuera de combate un par de caballos. Anotemos como bueno un gran puyazo de Paje.

Banderillean los maestros superiormente.

El de la ciudad del Turia realiza una faena lucida y mata de una estocada caída.

LATIGUILLO.

Zapatero á...

Un zapatero quería ser torero, y los zapatos olvidaba algunos ratos por aprender torería. No sé lo que de él sería, ni si acabó bien ó mal, lo que se dice del tal, que siempre que en cualquier lado toreaba, era sacado en hombros... al hospital.

PEDRO MAESO Y GALÁN.

Manzanares, 19-9-912.

PITOS Y PALMAS es el único periódico taurino que existe en la provincia.

Informaciones de teatros y espectáculos.

El agradecimiento

(SUCESO HISTÓRICO)

I

Ello fué en un importante pueblo de la provincia de Huelva, cuyo nombre costarían no poco aprieto consignarlo, porque no lo recuerdo; pero del hecho que me propongo referir tengo seguridades, fundadas en la formalidad de quien me lo dió á conocer.

El pueblo de referencia celebraba su feria anual, feria de no escasa importancia en cuanto á transacciones comerciales, y de resonancia en los pueblos circunvecinos por lo referente á festejos y distracciones.

Una de las más importantes posadas de aquella villa estaba materialmente atestada la noche del primer día de ferias, y en la vasta cocina del caserón la animación era extraordinaria.

Diseminados aquí y allá ó formando caprichosos grupos, los feriantes departían con motivo de las ventas obtenidas, siendo mayor el número de los descontentos que el de los conformes con su suerte.

En un rincón de la cocina, tirado sobre una estera, veíase á un muchacho, casi un niño, que sin cesar se revolvió como si fuese víctima de padecimientos terribles. Cuando quedábase tranquilo fijaba insistentemente sus grandes ojos en cualquier objeto, y desmesuradamente abiertos los conservaba hasta que la agitación volvía, y aquel endebles cuerpecillo tornaba á agitarse convulsivamente.

La indumentaria del chicuelo no tenía nada de recomendable, pues donde no existía un roto había un descosido. Sin embargo, por encima de aquella pobreza resaltaba un no sé qué en el conjunto, que hacía ver ciertos atildamientos dentro del general destrozo de las ropas.

La cara del mozalvete invadida por arrebatados colores de fuego, tenía como marco dos mechones de pelo sobre las sienes, y encima de la frente otro mechón más largo, artísticamente recogido. Más claro: el chico ostentaba el corte de pelo llamado á la *sevillana*, y era su primer cuidado (una vez que el solengo sustituía al malestar) arreglar ambas *persianas* y enderezar el debaratado *tupé*.

En el centro de la cocina, y delante de una enana mesilla, se hallaba sentado un hombre grueso, que con no poca prisa, reveladora de excelente apetito, daba buena cuenta de un plato de magras con tomate, á cuya devastación ayudaba con repetidos embites dados á una respetable bota, que á su lado tenía apoyada en los travesaños de la banqueta.

Dos ó tres veces miró el comilón al muchacho con muestras de curiosidad primero y de compasión después al notar sus sufrimientos, y por último, preguntó á uno de los que más cerca tenía: —¿Quién es ese chico, y que le sucede?

—Pues es un torerillo de esos que andan por las capeas satisfaciendo sus aficiones á cambio de un revolcón y en perpétuo ayuno, y como otros muchos, ha venido para tomar parte en la corrida de mañana, por si cae algo.

—¿Pero está enfermo?

—Tiene un calenturón espantoso, y bien se le nota en la cara. Al abrir la posada hoy lo encontraron tirado en la puerta, y por compasión le han dejado que se tumbe ahí.

El hombre aquel llamó al posadero, habló con él breves palabras, y terminó diciéndole:

—Mañana, cuando me déis mi cuenta, decirme lo que importa todo eso.

Inmediatamente el torerillo fué levantado; se le acostó lo mejor que se pudo en el zaguán, y no habría pasado media hora cuando un caballero se acercó á la pobre cama, pulsó al enfermo, escribió en un papel y desapareció.

Al día siguiente abandonó el pueblo el hombre de la comida, después de haber pagado su cuenta y los gastos ocasionados por el chiquillo de la calentura.

II

Han pasado algunos años.

En uno de los principales cafés de Sevilla volvemos á encontrar, comiendo también, al hombre de la posada.

Una vez tomada una taza de café, pide la cuenta.

—Está todo pagado—le repuso el camarero.

—¿Cómo es eso, y á quién se debe tal favor?

—A aquel señor que está sólo en aquella mesa.

Miró el comensal al sitio indicado, y vió á un hombre joven, flamenco al par que elegantemente vestido, luciendo valiosa pedrería en la pechera de la historiada camisa, y cubierta la cabeza por finísimo sombrero de anchas alas.

—Pues no sé—murmuró el obsequiado, y se dirigió al macareno personaje.

Este le recibió sonriendo, é invitó á sentarse, al mismo tiempo que pedía dos copitas al camarero.

—Perdone usted mi asombro, y repase bien su memoria, pues indudablemente usted me confundió con otro, porque yo no tengo el gusto de conocerle.

—Sí, señor. Si me conoce usted. Lo que sucede es que estoy muy cambiado, y su memoria no me recuerda.

—¿Querría usted indicarme algún dato por el cual yo cayera en la cuenta de nuestro conocimiento?

—Escuche usted. Hace algunos años, durante la feria de..., el día antes de la capea, y mientras usted cenaba en la posada, se revolvía un chiquillo víctima de una calentura espantosa...

—¡Ah, sí, sí! Yo le veía morir á chorros, me dió lástima, y encargué que llamaran al médico...

—Y el médico vino, y me recetó, y me alivió, y...

—¿Luego usted?...

—Yo soy aquel pobre diablo que grabó en el fondo de su alma tan buena acción, y en su memoria retrató á su generoso protector. Casualmente lo he visto á usted, lo he reconocido, y me he permitido significarle mi agradecimiento de esta pobrísima manera; pero con toda la efusión de mi alma. ¿Me perdona usted?

—Lo que hago es darle á usted el abrazo más apretado que he dado en mi vida.

Y ante los asombrados concurrentes aquellos dos hombres entrelazaron sus brazos y unieron sus pechos.

III

El pobre muchacho calenturiento, el hombre agradecido, alcanzó pronto uno de los primeros puestos en el arte de los Romeros, y pronto también sucumbió ejerciendo su peligrosa profesión. Aquel enfermizo chicuelo se llamó Manuel García. *Espartero*.

ANGEL CAAMAÑO.